

DISCURSO DEL EXCMO.  
SR. D. JOSÉ MARÍA BASTERO, RECTOR MAGNÍFICO  
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmos. e Ilmos. Señores,  
Colegas del Claustro Académico,  
Señoras, Señores:

Dirigir unas palabras de salutación, acogida y afecto a los participantes del XXI Simposio de Teología suscita en mí muy gratas resonancias que corresponden a una antigua y legítima predilección. Una disposición apreciativa y aun admirativa hacia la ciencia teológica no constituye en modo alguno un adorno adventicio que se añade a la forma universitaria de mirar las cosas y de sentir la urgencia del trabajo. Si Dios es lo primero y lo último, Verdad sustancial y Fuente de toda verdad, la Teología —una palabra sobre Dios—, si es auténtica, merece máxima curiosidad y admiración soberana. Así lo entendió el Bienaventurado Fundador de esta *Alma Mater* y —por si fuese poco— así lo entendieron también durante más de seis centurias los mejores universitarios, investigadores infatigables de la Verdad. Bastaría recordar a Tomás de Aquino o al gran Buenaventura o al también gran universitario Maestro Juan de Ávila, Santo Patrono del clero secular español, sin seguir citando la lista innumerable de personalidades subyugadas por el saber teológico que brillan con luz propia en el universo de la cultura europea y universal. La Teología es saber siempre incitante y —en analogía con la Luz de la Patria eterna— también produce de por sí iluminación y gozo intenso «que sacia sin saciar».

El Simposio del año 2000 tenía tema obligado. El significado religioso de las celebraciones del Año Santo es patente para quienes saben que no se trata de conmemorar con exactitud el momento exacto del Nacimiento del Salvador, sino el Misterio admirable de que Dios se haya hecho Hombre en un momento de la historia. El Verbo Eterno ha entrado verdaderamente en el tiempo. Llegar desde la Eternidad al tiempo puede llamarse con fuerza muy expresiva «descenso», «abajamiento» y «kénosis». Justo —y mucho más que justo— es, por tanto,

el homenaje de los pensamientos: la reflexión sobre el germinar, brotar y fructificar de esa Semilla caída en la Tierra, que es el Verbo de Dios.

Son ya más de veinte siglos desde que empezó la Iglesia su camino. Como ha enseñado el reciente Concilio Vaticano II, «*Ella* (la Iglesia) *peregrina entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios*<sup>1</sup> (...) Está fortalecida con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos»<sup>2</sup>. Este es el sentido que habéis querido dar al término «evangelización». Su acepción en el contexto de este Simposio no es precisamente la propia y especializada del discurso pastoral o de la retórica cristiana. Como es imposible cuantificar el fruto salvador —puesto que lo sobrenatural excede la experiencia demostrable e historiable—, llamáis «evangelización» a cuanto en el terreno del fenómeno humano se puede señalar como eclesial, o al menos como realidad concernida por el anuncio del Evangelio.

Bien sabéis que mi carrera académica se ha desarrollado en el ámbito eminentemente experimental de realidades cuantificables, en el terreno de la Mecánica... Pero la historia no es de por sí una sabiduría críptica, inaccesible a los investigadores de las ciencias naturales. Más bien es una reflexión que cualquier universitario se siente invitado a comprender. Una gran ley universal de evolución afecta también al hombre traspasando su biología, su fecunda y necesaria relacionalidad, su ascensión y progreso siempre en tensión optimizante. Esa ley universal de evolución plantea inmediatamente interrogantes de *esencia histórica*: el que investiga se enfrenta inmediatamente a la necesidad de captar el sentido de las cosas. Términos como vocación, fidelidad, tradición, identidad, civilización y cultura reclaman esencialmente su referencia histórica. De ahí su necesario interés. Y también su urgencia. En una época como la nuestra de transformaciones vertiginosas y de retos unimaginables, la Teología escucha objeciones arduas: no sólo desde las experiencias y comprobaciones científico-técnicas, sino también, y con fuerza, desde la historia, que, por ser un saber surgido y ejercitado en la esfera de la libertad, se configura como certeza libre y como saber inacabado.

Os invito a la audacia investigadora y a la búsqueda tenaz, serena y sincera de las verdades de la historia. Estos Simposios, que ya son tradición de esta Facultad, no son únicamente exposición de conclusio-

1. *De Civitate Dei*, XVIII, 52-2.

2. LG 8d.

nes logradas, sino días de encuentro y de amistad que se anuda. Son como una encrucijada de caminos muy numerosos donde los universitarios hablan y escuchan, piensan y reflexionan, anotan y proyectan, se comprometen y animan a estudios o empresas comunes o a futuras colaboraciones. Os deseo un trabajo eficaz y éxito en vuestros empeños.

Saludo afectuosamente a los profesores invitados y les deseo una estancia feliz entre nosotros. Pamplona tiene raíces vetustas en su historia y es en su misma imagen señorial un ejemplo de tradiciones admirables y de gloriosas y generosísimas aportaciones a la evangelización en todo el mundo. En esta ciudad y en este Reino de Navarra se sitúa la Universidad que os acoge y que os brinda sus mejores augurios. Muy particularmente saludo al Arzobispo de Pamplona, Doctor D. Fernando Sebastián. Y a todos —también a los trabajadores habituales, arraigados en este lugar de estudio— os transmito la seguridad del afecto y del atento seguimiento que os dedica el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Excmo. y Rvdmo. Doctor D. Javier Echevarría, que año tras año espera con ilusión renovada los frutos de vuestro trabajo universitario siempre abierto a horizontes universales.